

XX Certamen Juvenil Cuentos de Navidad 2010

“En blanco y negro”

2º premio
Tercera categoría
15-18 años



Centro de
iniciativas y recursos
para jóvenes

Ayuntamiento de Ponferrada

En Blanco y Negro

El frío de la madrugada se filtraba por los resquicios de las viejas ventanas, y avanzaba incansable, repartiendo su gélido aliento por toda la habitación. Ella dormía en una pequeña y destantalada cama junto a la ventana y el frío le había despertado hacía ya rato, pero no encontraba las fuerzas para incorporarse y saltar fuera de su acogedor refugio. Volvió a mirar el despertador, los numeritos parpadeaban con su luz roja, flotando en medio de la oscuridad. Eran las seis de la mañana, no creía que fuera tan tarde, tenía que darse prisa. Se levantó rápidamente y miró a través del grueso cristal de la ventana. Fríos copos de nieve se precipitaban veloces desde las oscuras nubes que tapizaban el cielo. Maldijo para sus adentros. Tenía que nevar precisamente ese día. Nunca sale nada como uno lo planea.

Recorrió la habitación en penumbra con la mirada, era un cuarto pequeño, un armario y un escritorio eran su único mobiliario, además de dos camas, la suya, y la de su hermana pequeña. Cogió la manta de su cama y se dirigió al otro extremo de la habitación. Su hermana dormía plácidamente abrazada a un pequeño peluche. La tapó cuidadosamente con ella y salió de la estancia.

Se dirigió al baño y se vistió rápidamente con la ropa que ya había dejado preparada la noche anterior. Se miró en el espejo. El pelo caía en suaves ondas tapando con su reflejo cobrizo su espalda. Los ojos clavados en su propio reflejo verde se preguntaban indecisos si aquella loca empresa llegaría a buen puerto. Pero más abajo, su boca sonriente no dejaba lugar a dudas, confiaba en su suerte.

Al salir a la calle, el frío se coló impertinente entre sus abrigadas ropas, helándole hasta los huesos. Sus pies, tan solo protegidos por unos livianos playeros, pisaban torpes la nieve amontonada en las aceras.

Tan solo el crujido de la nieve y el silbido del viento le acompañaron en su largo caminar por las calles de una ciudad aun dormida. Poco a poco, el tiempo fue pasando y la ciudad despertó, los primeros coches salieron valientes a rodar por las carreteras heladas y comenzó a ver a las primeras personas andando vacilantes por las aceras. Tras casi dos horas de caminata, esquivando trampas

heladas, llegó a su destino. Un café en el centro de la ciudad. Era muy antiguo, había pasado de padres a hijos durante generaciones y seguía como el primer día. Los techos altos con las gruesas vigas de madera a la vista. La larga barra labrada se extendía a la izquierda, sobre un suelo de azulejo de intrincado dibujo, aparecían robustas mesas de madera y patas de hierro forjado rodeadas cada una de ellas por cuatro sillas idénticas. La luz era tenue, y el olor a café y chocolate reinaba en el ambiente.

Tras la barra, sirviendo a los primeros madrugadores de aquella fría mañana, se hallaba un señor robusto. Su aspecto imponía respeto, pero el que lo conocía bien, lo podía describir como un gran gigante bonachón. Era una persona humilde, le gustaba su trabajo, sobretodo por el olor del café recién molido e intentaba hacerlo todo como mejor podía. Pero no era a él a quien buscaba, si no a su hijo, que aunque no había heredado el físico de su padre, tenía su mismo carácter. Lo encontró sorteando las mesas, con una bandeja en la mano repleta de tazas humeantes y tostadas crujientes. Vio como servía la mesa y tomaba nota en una cercana, ocupada por una familia al completo; seguramente, habrían madrugado para abrir los regalos y después de tantas sorpresas, habrían decidido ir a desayunar, a la mejor cafetería de la ciudad. Una triste sonrisa anidó en su boca, su familia se estaría levantando en esos momentos y sus hermanos no iban a encontrar regalos bajo el árbol, ni tendrían un delicioso chocolate caliente para desayunar. Una única lágrima se escapó inesperadamente de sus ojos, se apresuró a eliminarla con la manga del jersey y en ese preciso instante, el chico se giró y la vio allí plantada, ante la puerta, una sonrisa se instaló en su cara y se dirigió hacia ella.

– ¡Cuánto tiempo sin verte! –Dijo al tiempo que la envolvía con su cálido abrazo – ¡Creí que no ibas a dignarte a pasar por aquí en todas las vacaciones! Anda pasa, te voy a preparar un buen chocolate que estas empapada...

La arrastró entre las mesas hasta que llegaron a la más apartada, cerca de una vitrina repleta de fotos de sus antepasados, todos ellos situados tras la barra del bar. Mientras el joven preparaba el chocolate, ella miró las fotos que con sus colores blancos y negros rescataban del olvido del tiempo aquellos rostros que posarían felices durante toda la eternidad. En aquel momento recordó todas las fotos que tenían antes en su casa. Aquellos rectangulitos de papel que encerraban mágicamente instantes para siempre. Se acordaba de todas esas fotos que guardaban todos los momentos

importantes de su vida: el día que nació, su primera sonrisa, la boda de sus padres, las vacaciones de aquel verano inolvidable... Cada foto recogía un momento único, mágico e inolvidable. La visión de su padre inundó su mente y fue como volver a verle, volver a estar a su lado, sentir su calor, su respiración, escuchar su risa mientras perseguía cámara en mano a sus hijos por el jardín, como ellos se escapaban riendo, intentando, divertidos, que no pudiera robarles una foto más. Pero no todo dura para siempre y puede que lo que aparenta ser una navidad más, de hace cuatro años, no lo sea, puede que una vela, sea tan solo eso, pero puede que su fuego se revele y consuma su casa, sus fotos y a su padre en aquella navidad cualquiera. Y tal vez, a partir de esa navidad y de esa vela, nada vuelva a ser igual, que se tengan que mudar a un destaralado piso de las afueras, que su madre tenga dos trabajos y además tenga que empeñar las joyas de su abuela, puede que desde hace cuatro años no hayan vuelto a hacerse una foto, y a lo mejor no puedan permitirse unos regalos por Navidad. Pero todo eso va a cambiar, o al menos eso es lo que ella se ha prometido.

Un chocolate recién hecho aparece ante sus ojos y con su cálido olor destierra aquellos malos pensamientos de su mente.

–Ten cuidado, quema. – Le advierte el chico mientras se sienta frete a ella. – Bueno, ¿Cómo es que has venido hoy aquí?

–No sé, me apetecía verte.

– ¿Te apetecía verme? No me mientas, te conozco lo suficiente. ¿Qué quieres, Ana?

–En serio Bruno, no quiero nada, es sólo que me apetecía hablar contigo...– escondió su mirada dentro de la humeante taza mientras daba un largo sorbo a chocolate, no sabía cómo pedirle aquel gran favor.

–Como me vuelvas a mentir te echo del bar. – Replicó entre risas. – No me creo que te hayas presentado aquí a las ocho de la mañana, después de haber cruzado toda la ciudad, con lo que está nevando, solo para saludar. Además es el Día de Reyes ¿No tendrías que estar con tu familia? Si me querías saludar, podías haber esperado un poco más ¿no? Ya van a reanudarse las clases.

Ana sonrió tímidamente, no sabía muy bien como pedirle aquello, había planeado decírselo poco a poco para que se fuera haciendo a la idea, pero... No todo sale como una planea.

–Necesito cien euros. – Murmuró con la vista clavada en el oscuro veteado de la madera.

– De acuerdo, ahora vengo.

Ana levantó la mirada poco a poco, no se esperaba aquello, debía de ser una broma. Vio atónita como Bruno se levantaba rápidamente y se dirigía a una pequeña puerta al fondo de la estancia. Ella, que ya había estado allí más veces, sabía que detrás de aquella puerta había unas escaleras que comunicaban con el piso superior, a la casa de Bruno y su familia.

No tuvo que esperar mucho hasta que Bruno volvió a bajar y le dejó el dinero en la mesa y se sentó frente a ella.

– Pero... ¿Me lo das así? ¿No me vas a preguntar para que lo quiero?

– No. Es decisión tuya si me lo quieres contar. Además sé como eres y jamás me has pedido nada. Si necesitas todo esto – Abanicó los billetes frente a su cara. – estoy seguro de que es por una buena razón.

Ana asintió lentamente.

– Quiero comprarles algo a mis hermanos, llevamos mucho tiempo sin regalos por Navidad. Lo que me sobre te lo traigo hoy mismo al bar y lo demás te lo devolveré poco a poco, pero necesito algo de tiempo.

– Tranquila, gástalo todo si quieres, ni siquiera me había hecho a la idea de que lo tenía, me lo acaban de traer los Reyes.

Los dos se echaron a reír, ahora un poco más tranquilos.

– ¡Muchas gracias!

– No es nada, en serio, no te preocupes. Oye ¿Y que les vas a regalar?

– No lo sé, no lo he pensado todavía. Iré al centro comercial, hay uno cerca de aquí.

Bruno asintió conforme con la idea.

– Lo único que te pido es que luego me digas lo que les has regalado y que cara han puesto ¿de acuerdo?

– Por supuesto, descuida.

Una vez que acabó el chocolate, se despidió de Bruno y le volvió a dar las gracias se encaminó al centro comercial acompañada en todo momento por los pequeños copos de nieve que revoloteaban a su alrededor y se enredaban en su pelo.

Al llegar al centro comercial se sorprendió de que estuviera casi vacío, pero, bien pensado era lo más lógico, la gente ya había realizado todas sus compras y en aquellos momentos estarían intercambiando regalos con sus familiares y amigos.

Estuvo una hora recorriendo tiendas, pero no encontraba lo que estaba buscando. Vio muchos peluches que le hubieran encantado a su hermana pequeña; coches teledirigidos por los que su hermano hubiera vendido su alma al mismísimo diablo y unos pendientes que harían a su madre verdaderamente feliz, pero ninguno de aquellos regalos era el adecuado. Ella estaba buscando algo especial, algo que hiciera aquellas navidades memorables, pero el problema era que no sabía que podía ser.

Se dejó caer, desanimada, en uno de esos bancos que se desperdigaban aquí y allá por los anchos pasillos del centro comercial. Miró a su alrededor, guirnaldas y pequeños pinos de navidad decoraban los pasillos y los villancicos resonaban en sus odios. En ese momento la vio, lo que había estado buscando todo ese tiempo. Era perfecta. Se incorporó y se acercó temerosa a la vitrina de la tienda. Bajo ella, en un pequeño cartoncito, estaba el precio inscrito con grandes número rojos. Abrió su cartera, con lo que le había dejado Bruno y con lo poco que tenía ella reunía el dinero justo para comprarla. Ni un céntimo más, ni un céntimo menos. No creía en las señales, pero si existieran aquella debía de ser una sin lugar a dudas.

Cuando regresó a casa era casi la hora de comer, no le quedaba ni un céntimo en la cartera ni la fuerza necesaria para dar un paso más, pero estaba realmente feliz y su familia lo estaría dentro de poco. Al abrir la puerta sus dos hermanos pequeños se abalanzaron corriendo sobre ella, haciéndole cientos de preguntas que no logró entender. Al final del pasillo apareció su madre preguntándole donde se había metido durante toda la mañana y como se le ocurría irse sin avisar.

Pero Ana no les dejó que siguieran hablando, les condujo al salón y les puso ante ellos la caja envuelta en un brillante papel con un gran lazo azul coronándola. Sus hermanos y su madre la miraron atónitos. Realmente no se esperaban aquello. Y entre los tres con dedos temblorosos desembalaron el paquete. Ante ellos apareció, majestuosa, una cámara de fotos como la que tenía su padre y riendo y llorando a un tiempo se hicieron la primera de muchas fotos. Los cuatro juntos, sentados en el desgastado sofá que pertenecía a otros, de fondo, la ventana que dejaba entrever la nieve de aquella nueva Navidad, y en sus corazones, la certeza de que todo volvería a empezar.



Centro de
iniciativas y recursos
para jóvenes

Ayuntamiento de Ponferrada

www.cimainforma.es